

Nota de autor

Hace algunos años, cuando mis hijos eran pequeños, solíamos tener una o dos tortugas en el jardín. En aquellos tiempos era corriente ver alguna tortuga doméstica arrastrándose por el césped de la casa o en el patio de atrás. Se podían comprar muy baratas en cualquier tienda de animales y eran, probablemente, los menos molestos de todos los animales favoritos de los niños, y completamente inofensivas.

Las tortugas solían llegar a Inglaterra por millares, embaladas en cajas, y procedían casi siempre del norte de África. Pero no hace muchos años se promulgó una ley que declaró ilegal traer tortugas al país. Eso no se hizo para protegernos. Las tortuguitas no representaban un peligro para nadie. Se hizo simplemente por consideración hacia las propias tortugas. Lo que pasaba era que los comerciantes que las traían solían meterlas

a la fuerza, por centenares, en las cajas de embalaje, sin comida ni bebida y en condiciones tan horribles que muchísimas de ellas se morían durante el viaje por mar. De modo que, para impedir que aquella crueldad continuara, el Gobierno prohibió todo el negocio.

Lo que van a leer en este cuento ocurrió en los tiempos en que cualquiera podía ir y comprar una tortuguita preciosa en una tienda de animales.



El señor Hoppy vivía en un departamento en lo alto de un elevado edificio de cemento. Vivía solo. Siempre había sido un hombre solitario, y ahora que estaba jubilado se encontraba más solo que nunca.

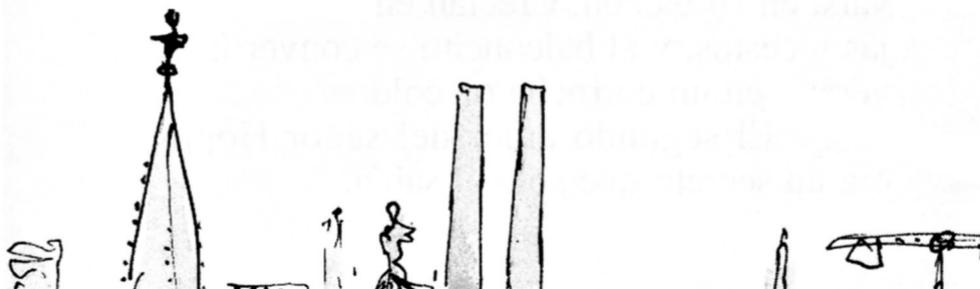
En la vida del señor Hoppy había dos amores. Uno eran las flores que cultivaba en su balcón. Crecían en macetas, cajas y cestos, y el balconcito se convertía durante el verano en un derroche de colores.

El segundo amor del señor Hoppy era un secreto que sólo él sabía.

El balcón que había inmediatamente debajo del balcón del señor Hoppy sobresalía del edificio bastante más que el suyo, de forma que podía ver siempre muy bien lo que pasaba allí debajo. Aquel balcón pertenecía a una atractiva mujer de mediana edad llamada señora Silver. Era viuda y vivía también sola. Y, aunque ella no lo sabía, era objeto del secreto amor del señor Hoppy. Éste llevaba muchos años amándola desde su balcón, pero era un hombre muy tímido y nunca se había atrevido a hacerle la menor insinuación de su amor.

Todas las mañanas, el señor Hoppy y la señora Silver sostenían una educada conversación, él mirando hacia abajo desde arriba y ella mirando hacia arriba desde abajo, pero eso era lo único que pasaba. Es posible que la distancia entre sus balcones no fuera más que de unos metros, pero al señor Hoppy le parecía de millones de kilómetros. Tenía muchas ganas de invitar a la señora Silver a tomar un té con galletas, pero le faltaba el valor.

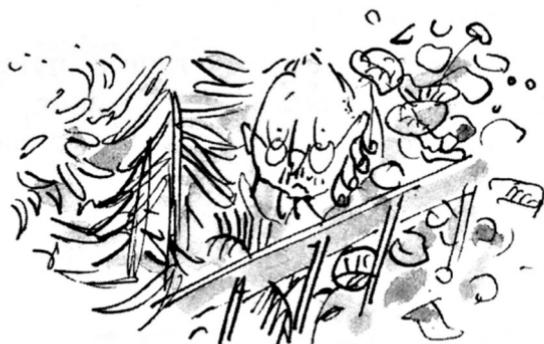
Como ya he dicho, era un hombre muy tímido.







“Ay, si por lo menos —solía decirse—, si por lo menos pudiera hacer algo estupendo como salvarle la vida o rescatarla de una pandilla de maleantes armados, si por lo menos pudiera realizar alguna hazaña que me convirtiera en héroe a sus ojos. Si por lo menos...”



Lo malo de la señora Silver era que daba todo su amor a otro, y ese otro era una tortuguita llamada Alfie. Todos los días, cuando el señor Hoppy se asomaba al balcón y la veía susurrando a Alfie palabras cariñosas y acariciándole el caparazón, se sentía absurdamente celoso. Ni siquiera le hubiese importado convertirse en tortuga si ello hubiera hecho que la señora Silver le acariciase el caparazón todas las mañanas, susurrándole palabras cariñosas.



Alfie llevaba años con la señora Silver y vivía en su balcón verano e invierno. Había tablas en los lados del balcón, para que Alfie pudiera andar por allí sin caerse por el borde, y en una esquina había una casita en la que podía meterse todas las noches para estar calentita.



Cuando en noviembre llegaba el tiempo más frío, la señora Silver llenaba la casa de Alfie de heno seco, la Tortuga se metía dentro y se enterraba profundamente en el heno para dormir durante meses de un tirón, sin comida ni bebida. Eso se llama hibernar.